

LIBRO CUARTO

JAVERT DESCARRILADO

I

JAVERT DESCARRILADO

Habíase alejado Javert á paso lento de la calle de l'Homme-Armé.

Por la primera vez de su vida iba andando con la cabeza baja, y por la primera vez de su vida también, llevaba las manos á la espalda.

Hasta este día, Javert no había tomado nunca, de las dos actitudes de Napoleón, sino la que expresa la resolución, es decir, los brazos cruzados sobre el pecho; la que expresa la incertidumbre las manos tras de la espalda, le era desconocida. Ahora ya se había efectuado en él una transformación completa; toda su persona, lenta y sombría, se hallaba en este momento marcada con un sello de ansiedad.

Penetró por las calles silenciosas.

Sin embargo, seguía una dirección.

Atajó por el camino más corto hacia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, fué costeano dicho muelle, dejó atrás la Grève, y se detuvo, á alguna distancia del cuerpo de guardia de la plaza del Châtelet, en la esquina del puente de Nuestra Señora. El Sena forma allí, entre el puente de Nuestra Señora y el puente del Cambio por una parte, y por otra entre el muelle de la Mégisserie y el muelle de las Flores, una especie de lago cuadrado que atraviesa una corriente.

Este paraje del Sena es muy temido de los marineros. Nada es más peligroso que esta corriente, encerrada en aquella época é irritada por las estacas del molino del puente, hoy ya demolido. Los dos puentes, tan inmediatos uno á otro, aumentan el peligro; apresurándose formidablemente el agua á pasar por bajo de los arcos; arrastrando allí enormes y terribles pliegues; acumulándose y amontonándose en aquel punto; las olas hacen esfuerzos contra los pilares de los puentes como para arrancarlos con gruesas maromas líquidas. Los hombres que caen allí no reaparecen jamas; los mejores nadadores se ahogan en aquel sitio.

Javert se apoyó de codos en el parapeto, reposando su barba en ambas manos, y, mientras que sus uñas se clavaban maquinalmente en la espesura de sus patillas, se puso á cavilar.

Una novedad, una revolución, una catástrofe acababa de efectuarse en su interior; había pues materia para un exámen de conciencia.

Javert sufría horriblemente.

De algunas horas á esta parte, Javert había dejado de ser sencillo. Hallábase turbado; su cerebro, tan neto en la ceguera, había perdido su transparencia; aquel cristal estaba empañado por una nube. Javert sentía en su conciencia el deber de desdoblarse, y no podía disimularse. Cuando encontró tan inesperadamente á Juan Valjean en

el ribazo del Sena, hubo en él algo del lobo que recobra su presa y del perro que vuelve á encontrar á su amo.

Veía ante sus ojos dos caminos, ambos igualmente rectos; pero eran dos los que veía; y esto le aterraba, á él que no había conocido en toda su vida sino una línea recta. Y, terrible angustia, estos dos caminos eran opuestos. Una de estas dos sendas excluía á la otra. ¿Cuál de las dos sería la verdadera?

Su situación era inexplicable.

Deber la vida á un malhechor, aceptar esta deuda y reembolsarla, hallarse, en despecho de sí mismo, colocado en el mismo plano que un desertor de presidio, y pagarle un servicio con otro servicio; dejarse decir: Vete, y decirle á su vez: Recobra tu libertad; sacrificar á motivos personales el deber, esta obligación general, y vislumbrar en estos motivos personales algo general también, tal vez superior; hacer traición á la sociedad para ser fiel á su propia conciencia; que todos estos absurdos se realizaran y que vinieran á acumularse sobre sí mismo, era lo que le abatía y le humillaba.

Una cosa le había extrañado mucho, que Juan Valjean le hubiera perdonado; otra cosa le petrificaba á él en este momento, que él, Javert, hubiera perdonado á Juan Valjean.

¿En dónde se hallaba, pues? Buscábase á sí mismo y ya no se encontraba.

¿Qué hacer ahora? Entregar á Juan Valjean, sería mal hecho; dejar libre á Juan Valjean, malo también. En el primer caso, el hombre de la autoridad caía más bajo que el hombre del presidio; en el segundo, un galeote ascendía más alto que la ley y ponía el pié sobre ella. En ambos casos resultaba un deshonor para él. En todos los partidos que podía tomar había un tropiezo. El destino tiene ciertas extremidades perpendiculares ó á pico sobre el imposible, y más allá de las cuales la vida no es más que un

precipicio. Javert se encontraba en uno de estos extremos.

Una de sus mayores angustias consistía en verse obligado á pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias le forzaba á ello. Pensar, cosa inusitada para él, y siuglamente dolorosa.

Hay siempre en el pensamiento cierta d6sis de rebelion interna, y él se irritaba de sentir esto en su interior.

En cualquier asunto que fuese, fuera del estrecho círculo de sus funciones, el pensamiento habria sido para él, en todas circunstancias, una inutilidad y una fatiga; pero el pensamiento sobre la jornada que acababa de pasar era un tormento. Y sin embargo, era preciso mirar en su conciencia, despues de tales sacudimientos, y darse cuenta á sí mismo de sí mismo.

Lo que acababa él de hacer le estremecia. Habia hallado bueno, él, Javert, el decidir, contra todos los reglamentos de policia, contra toda organizacion social y judicial, contra todo el código, una liberacion de tal naturaleza; aquello le habia convenido á él; él habia sustituido su propio interes al interes público; ¿no era esto una cosa incalificable? Cada vez que miraba de frente aquella accion sin nombre que habia cometido, temblaba de piés á cabeza. ¿Qué resolucion tomar al fin? Un solo recurso le quedaba: volver inmediatamente á la calle del Homme-Armé, y llevarse á la cárcel á Juan Valjean. Era evidente que esto es lo que á él le cumplia hacer. Pero le era imposible.

Cierta cosa le obstruia y cerraba el camino por aquel lado.

¿Cierta cosa? ¿Cuál? ¿Es que por ventura hay en el mundo otra cosa que los tribunales, las sentencias ejecutorias, la policia y la autoridad? Javert se hallaba trastornado.

¿Un presidiario seria pues un objeto sagrado! ¿un galeote inaccesible á la justicia! ¿y todo esto por obra de Javert!

Que Javert y Juan Valjean, el hombre hecho para atormentar y el hombre hecho para sufrir los tormentos, que estos dos hombres, ambos objeto é instrumento de la ley, hubiesen llegado hasta el punto de colocarse los dos sobre la ley, ¿no era una cosa espantosa?

¿Cómo! ¿sucederian tales enormidades y nadie seria castigado! ¿Juan Valjean, más fuerte que todo el órden social entero, quedaria libre, y él, Javert, continuaria comiendo el pan del gobierno!

Este delirio se le hacia cada vez más terrible.

En medio de estas cavilaciones, habria él podido tambien reprocharse el acto de haber conducido un insurrecto á la calle de las Filles-du-Calvaire; pero ni pensaba en esto siquiera. La falta menor se perdia en la mayor. Por otra parte, aquel insurrecto era sin duda un hombre muerto, y legalmente, la muerte pone fin á toda persecucion.

Juan Valjean, este era el peso enorme que tenía él sobre su alma.

Juan Valjean le desconcertaba. Todos los axiomas que le habian servido de punto de apoyo durante su vida venian á tierra ante aquel hombre. La generosidad de Juan Valjean para con él, para con Javert, era una cosa que le abrumaba. Otros hechos, que recordaba ahora, y que en otros tiempos habia él creído que eran embustes y locuras, se le representaban en este momento como realidades. El señor Magdalena reaparecia detras de Juan Valjean, y ambas figuras se sobreponian de tal manera, que sólo formaban una, la cual era venerable. Javert sentia penetrar en su alma una cosa horrible, la admiracion por un galeote. ¿Pero es posible acaso el respeto á un presidiario? Sólo de pensarlo temblaba, y no podia sustraerse á esta idea. Por más que forcejeaba y que luchaba, veíase reducido á confesar en su foro interno la sublimidad de aquel miserable. Y estole parecia una cosa odiosa.

Un malhechor benéfico, un galeote compasivo, afable, elemento, caritativo, que devuelve bien por mal, el perdón por el odio, que prefiere la piedad á la venganza, optando más bien por perderse que por perder á su enemigo, salvando al que le ha perseguido y castigado, arrodillado en la cumbre de la virtud, más próximo al ángel que al hombre. Javert se veía forzado á confesar que existía tal monstruo.

Eso no podía durar así.

Ciertamente, y nosotros insistimos en ello, no se había él rendido sin resistencia á aquel monstruo, á aquel ángel infame, á aquel héroe horrible, de quien estaba él casi tan indignado como estupefacto. Veinte veces, cuando se hallaba dentro de aquel coche frente á frente de Juan Valjean, el tigre legal había rugido en él. Veinte veces le habían venido tentaciones de lanzarse sobre Juan Valjean, de agarrarle y de devorarle, es decir, de arrojarle á un calabozo. En efecto. ¿qué cosa más sencilla? Gritar al primer cuerpo de guardia frente al cual hubiesen pasado: — ¡Hé aquí un desertor de presidio! llamar á los gendarmes y decirles: — ¡Este hombre os pertenece! y en seguida marcharse, dejar allí aquel condenado, ignorar todo lo demás, y no volverse á ocupar ya de él. Aquel hombre es ya para siempre prisionero de la ley; la ley hará de él lo que quisiere. ¿Qué cosa más justa? Javert se había dicho todo esto; había él querido pasar por encima de todo, obrar, prender á aquel hombre; pero entónces como ahora le fué imposible hacerlo; y cada vez que su mano se había levantado convulsivamente hacía el cuello de Juan Valjean, había ella vuelto á caer como bajo un peso enorme, miéntras que oía él allá en el fondo de su pensamiento una voz extraña que le gritaba: — Está bien. Entrega á tu salvador. En seguida, haz que te traigan la palangana de Poncio Pilátos, y lávate las garras.

Su reflexion recaía despues sobre sí mismo, y al lado de Juan Valjean engrandecido, veíase él, Javert, degradado.

¡Un galeote era su bienhechor!

Pero también, ¿por qué había él permitido á aquel hombre que le dejara vivir? En aquella barricada tenía él derecho á que le mataran. Habría debido hacer uso de este derecho. Llamar á los otros insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean, hacerse fusilar por fuerza, habría sido mucho mejor.

La angustia suprema que él sufría, era la desaparicion de toda certidumbre. Sentíase desarraigado y exterminado. El código ya no era más que un tarugo de madera en su mano. Veíase asaltado de escrúpulos de una especie desconocida. Hacíase en él una revelacion sentimental enteramente distinta de la afirmacion legal que había sido su única medida hasta entónces. Permanecer en la antigua honradez, no le bastaba ya. Todo un órden de hechos inesperados surgía y le subyugaba. Todo un nuevo mundo se aparecía á su alma: el beneficio aceptado y devuelto, la abnegacion, la misericordia, la indulgencia, las violencias hechas por la piedad á la austeridad, la acepcion de personas, no más reprobacion definitiva, no más condenacion, la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley, y cierta especie de justicia, segun Dios, que va en sentido inverso de la justicia segun los hombres. Percibía en las tinieblas el orto pavoroso de un sol moral desconocido que le causaba á la vez horror y deslumbramiento. El buho se veía forzado á lanzar miradas de águila.

Decíase que, con efecto, era cierto, que había sus excepciones, que la autoridad podía obrar turbada y desconcertada, que la regla podía hallarse cortada en presencia de un hecho, que todo no se encerraba en el texto del có-

digo, que lo imprevisto se hacía obedecer, que la virtud de un galeote podía tender un lazo á la virtud de un funcionario, que lo monstruoso podía ser divino, que el destino tenía emboscadas de esta naturaleza, y recordaba con desesperacion que él mismo no había estado al abrigo de una sorpresa.

Veíase forzado á reconocer que la bondad existía : que aquel galeote había sido bueno ; y que él mismo, cosa inaudita, acababa de ser bueno tambien. Luego se iba él ya depravando.

Hallábase cobarde. Horrorizábase de sí mismo.

El ideal, para Javert, no era el ser humano, el ser grande, el ser sublime ; era el ser irreprochable. Por consiguiente, acababa él de prevaricar.

¿Cómo había llegado á tal situación ? ¿cómo había pasado todo esto ? No habría él podido explicárseto á sí mismo. Cogíase la cabeza con ambas manos ; pero por más que hacía, no lograba hallar una explicacion.

Ciertamente que había él tenido siempre intencion de entregar á Juan Valjean en brazos de la ley, de la cual Juan Valjean era cautivo, y él, Javert, era esclavo. Mientras que le tuvo en su poder, no se había él imaginado un solo instante que abrigara el pensamiento de dejarle marchar libre. Hasta cierto punto fué, sin saberlo él mismo, el abrir su mano y soltarle.

Ante sus ojos relampagueaban numerosos puntos interrogantes de toda especie. Dirigíase ciertas preguntas, y las daba sus respuestas correspondientes, pero estas respuestas le asustaban. Preguntábase : ese presidiario, ese desesperado, á quien yo he perseguido hasta atormentarle, y que me ha tenido bajo las plantas de sus piés, que podía vengarse, y aún debía hacerlo, tanto por su odio cuanto por su propia seguridad, al dejarme la vida, al perdonarme, ¿ qué es lo que ha hecho ? Su deber. No.

Algo más que esto. Y yo, perdonándole á mi vez, ¿ qué es lo que he hecho ? Mi deber. No. Algo más que esto. ¿ Luego hay algo que es más que el deber ? Al llegar aquí, se azoraba ; su balanza se dislocaba ; uno de los dos platillos caía en el abismo, el otro ascendía al cielo, y Javert no tenía ménos pavor del que estaba arriba que del que estaba abajo. Sin ser, ni con mucho, lo que llaman volteriano, filósofo, ó incrédulo, sino, al contrario, respetuoso, por instinto, para con la iglesia establecida, él no la conocía sino como un fragmento augusto del conjunto social ; su dogma era el orden material, y con esto le bastaba ; desde que tuvo edad de hombre y de funcionario, la policía era casi toda su religion ; siendo, y nosotros empleamos aquí las palabras sin la menor ironía y en su más formal acepcion, siendo, como lo hemos dicho en otra ocasion, espía con la misma buena fe y recta conciencia con que el sacerdote es sacerdote. Tenía un superior, M. Gisquet ; y hasta este día no había pensado nunca en este otro superior, Dios.

Este nuevo jefe, Dios, sentíale él inopinadamente, y le incomodaba bastante.

Hallábase desorientado por aquella presencia inesperada ; no sabía qué hacer de este superior, él que no ignoraba que el subordinado debe inclinarse y someterse siempre, que ni debe desobedecer, ni vituperar, ni discutir, y que, ante un superior que le asuste demasiado, el inferior no tiene más recurso que su dimision.

Pero ¿ cómo arreglarse para dar su dimision á Dios ?

De todos modos, y él siempre venía á parar á esto, había un hecho que, para él, los dominaba á todos, á saber, que acababa de cometer una espantosa infraccion. Acababa de cerrar los ojos sobre un condenado reincidente y desertor de presidio, Acababa de dar libertad á un galeote. Acababa de robar á las leyes un hombre que

las pertenecía. ¡ Y era él quien había hecho todo esto! Ya no se comprendía á sí mismo ni estaba seguro de ser el mismo hombre que hasta entónces había sido. Faltábanle hasta las razones de sus propios actos, no quedándole sino el desvarío, ó el vértigo. Hasta este momento, había él vivido de esa fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Esta fe le abandonaba, esta probidad se alejaba de él. Todo cuanto había creído se disipaba. Ciertas verdades que él no quería para nada le asediaban inexorablemente. Era menester en lo sucesivo ser ya otro hombre. Sufria los extraños dolores de una conciencia bruscamente operada de la catarata. Veía lo que le repugnaba ver. Sentíase gastado, inútil, dislocado de su vida pasada, destituido, arruinado. La autoridad estaba muerta en él. Ya no tenía razon de ser.

¡ Situacion terrible! hallarse tan conmovido.

¡ Ser el granito, y dudar! ser la estatua del castigo fundida de una sola pieza en el molde de la ley, y notar de improviso que se tiene bajo su tetilla de bronce cierta cosa absurda y desobediente que casi se asemeja á un corazón! Llegará de volver bien por bien, aunque se haya dicho hasta este día que aquel bien es el mal! ser el perro de presa, y lamer! ser el hielo, y derretirse! ser la tenaza, y convertirse en una mano! sentirse de improviso unos dedos que se abren! soltar la presa, cosa espantable y tremenda!

El hombre proyectil desconociendo ya su ruta y reculando!

Verse obligado á confesarse esto: la infalibilidad no es la infalibilidad, puede haber error en el dogma, no está dicho todo cuando un código ha hablado, la sociedad no es perfecta, la autoridad está complicada de vacilacion, es posible un crujido en lo inmutable, los jueces son hombres, la ley puede equivocarse, los tribunales pueden incurrir en error! ver una hendidura en el inmenso cristal azul del firmamento!

Lo que pasaba en Javert era el Fampoux de una conciencia rectilínea, el descarrilamiento de un alma, el desplomamiento de una probidad irresistiblemente lanzada en línea recta y estrellándose en Dios. Era en verdad extraño que el fogonero del orden, el maquinista de la autoridad, montado en el ciego caballo de hierro, de huella indefectible, de vía rígida, ¡ pudiera ser desarzonado por un rayo de luz! que lo imperturbable, lo directo, lo correcto, lo geométrico, lo pasivo, lo perfecto, pudiera doblegarse! que hubiera para la locomotora un camino de Damasco!

Dios, siempre interior en el hombre, y refractario, él que es la verdadera conciencia, en la falsa; prohibicion á la chispa de extinguirse; orden al rayo luminoso de acordarse del sol; prescripcion al alma de reconocer el verdadero absoluto cuando este se confronta con el absoluto ficticio; la humanidad imperdible; el corazón humano inamisible, este espléndido fenómeno, el más bello tal vez de nuestros prodigios interiores, ¿ le comprendía Javert? ¿ le penetraba Javert? ¿ dábale Javert cuenta de él? Es evidente que no. Pero bajo la presión de este hecho tan incomprensible como incontestable, sentía él entreabrirse su cráneo.

Era más bien la víctima que el transfigurado de este prodigio; y le sufría, exasperado. En todo esto no veía él otra cosa que un inmenso obstáculo opuesto á su existencia. Parecíale que su respiracion se hallaba ya obstruida para siempre.

Tener sobre su cabeza lo desconocido; no estaba él acostumbrado á nada de esto.

Hasta entónces, todo lo que él tenía sobre sí había ofrecido á su mirada una superficie neta, sencilla y clara; allí no había para él nada ignorado, nada oscuro; nada que no fuese definido, coordinado, encadenado, preciso, exacto, circunscrito, limitado, acabado todo previsto

la autoridad era una cosa plana; para ella, toda caída ó tropiezo, todo vértigo era un imposible. Javert no había visto nunca lo desconocido sino en las bajas regiones. Lo irregular, lo inesperado, la desordenada apertura del caos, el posible desliz en un precipicio, era obra de esas regiones inferiores, de los rebeldes, de los malos, de los miserables. Ahora Javert se inclinaba hácia atrás, miraba á las alturas, y se hallaba bruscamente despavorido en presencia de esta aparición inaudita: un abismo allá arriba.

¡Cómo! ¡hallarse demolido, derrocado de piés á cabeza! verse desconcertado absolutamente! ¿y en qué habría ya de fiarse? ¡Aquello de que estaba él íntima y profundamente convencido se desmoronaba!

¡Cómo! ¡la parte flaca y defectuosa de la sociedad podía así ser hallada por un miserable magnánimo! ¡Cómo! un honrado servidor de la ley podía verse de repente cogido entre dos crímenes, el crimen de dejar escapar á un hombre, y el crimen de prenderle! ¡conque no todo era cierto en la consigna dada por el Estado al funcionario! ¡Podía haber en el deber sendas sin salida! ¡Cómo! ¡todo esto real! ¿era cierto que un antiguo bandido, agobiado bajo el peso de las condenas, pud'era erigirse y acabar por tener razón? ¿era esto creíble? ¿luego había casos en que la ley debía retirarse ante el crimen transfigurado, formulando balbuciente sus excusas?

¡Sí, todo esto era exacto! ¡y Javert lo veía! ¡y Javert lo palpaba! y no sólo no podía negarlo, sino que tomaba parte en ello. Eran en efecto realidades. Cosa abominable, que los hechos reales pudiesen llegar á tal deformidad!

Si los hechos cumplieran con su deber, se limitarían á ser únicamente las pruebas de la ley; los hechos, Dios es quien los envía. ¿Es que por ventura iba ahora á descender la anarquía de lo alto?

Así pues, — y en el incesante crecimiento de la angus-

tia, y en la ilusión de óptica de la consternación, todo cuanto hubiese podido restringir y corregir su impresión se borraba, y la sociedad, y el género humano, y el universo entero se resumían ya á sus ojos en un lineamiento sencillo y terrible, — así pues, la penalidad, la cosa juzgada, la fuerza debida á la legislación, las decisiones de las córtes soberanas, la magistratura, el gobierno, la prevención y la represión, la sabiduría oficial, la infalibilidad legal, el principio de autoridad, todos los dogmas sobre los cuales reposa la seguridad política y civil, la soberanía, la justicia, la lógica que emana del código, el absoluto social, la verdad pública, todo esto no sería ya, sino un montón de escombros y de ruinas, el caos; y é. mismo, Javert, la vigía del orden, la incorruptibilidad puesta al servicio de la policía, la providencia-alano de la sociedad, vencido y aterrado; y sobre todas estas ruinas un hombre de pié, con el gorro verde en la cabeza y la aureola en la frente; hé aquí el trastorno al cual había llegado; hé aquí la visión espantosa que él tenía en el alma.

¿Y era esto soportable? No.

Era violento en extremo. No había sino dos maneras de salir de esta grave dificultad. La una, ir resueltamente en busca de Juan Valjean y entregar al calabozo al hombre del presidio. La otra...

Javert abandonó el parapeto, y, con la cabeza erigida esta vez, dirigióse con paso firme hácia el puesto indicado por un farol en una de las esquinas de la plaza del Châtelet.

Llegado allí, distinguió por entre las vidrieras á un agente de policía, y entró. Los hombres de policía se reconocen entre sí sólo por la manera cómo empujan ellos la puerta de un cuerpo de guardia. Javert declinó su nombre, mostró su tarja al sargento, y se sentó á la mesa del puesto, donde ardía una vela de sebo. Sobre aquella

mesa había una pluma, un tintero de plomo, y papel destinado para los casos de procesos-verbales sumarios y las consignaciones de las rondas nocturnas.

Esta mesa, acompañada siempre de su correspondiente silla de paja, es una institución; existe en todos los puestos de policía, y se halla invariablemente adornada de un platillo de boj lleno de serrín y de una cajita de cartón llena de obleas encarnadas, y es el piso bajo del estilo oficial. En ella es donde principia la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel y se puso á escribir. Hé aquí lo que escribió :

ALGUNAS OBSERVACIONES PARA EL BIEN DEL SERVICIO.

« En primer lugar : ruego al señor prefecto que ponga bien los ojos.

» En segundo lugar : los presos, cuando llegan de la instrucción, se quitan los zapatos y se quedan descalzos sobre las losas mientras que los registran. Muchos tosen al volver á entrar en la prisión. Esto produce gastos de enfermería.

» En tercer lugar : la desfilada es buena, con relevos de los agentes, de trecho en trecho, pero convendría que, en ciertas ocasiones importantes, dos agentes por lo ménos no se perdiesen de vista, en atención á que si, por una causa cualquiera, un agente llegara á flaquear en el servicio, el otro le vigile y le supla.

» En cuarto lugar : no se explica uno por qué el reglamento especial de la cárcel de las Madelonnettes prohíbe á los presos el tener una silla, áun pagándosela ellos.

En quinto lugar : en las Madelonnettes, no hay más que dos barrotes en la cantina, lo que permite á la cantinera el dejar que los presos la toquen la mano.

En sexto lugar : los presos llamados ladradores, por que son los que gritan para llamar á los otros presos al locutorio, se hacen pagar dos sueldos por cada uno

» para gritar su nombre distintamente. Esto es un robo.
» En séptimo lugar : por un hilo que se suelte, se retienen diez sueldos al preso en el taller de tejedores; esto es un abuso del empresario, puesto que la tela no por eso es ménos buena.

» En octavo lugar : es muy de sentir que los visitantes de la Force tengan que atravesar el patio de los ratillos para ir al locutorio de Sainte-Marie l'Égyptienne.

» En noveno lugar : es cierto que todos los días se oye á los gendarmes referir en el patio de la prefectura los interrogatorios de los presos por los magistrados. Un gendarme, que debiera ser sagrado, repetir lo que ha oído en el gabinete del juez de instrucción; esto es un desórden muy grave.

» En décimo lugar : madama Henry es una mujer honrada; su cantina está muy limpia; pero siempre es malo que una mujer tenga el postigo de la trampa de inco municacion. Esto no es digno de la Conserjería de una grande civilizacion. »

Javert escribió estas líneas con su letra más tranquila y más correcta, sin omitir ni una sola coma, y haciendo sonar fuertemente la pluma sobre el papel. Por bajo de la última línea firmó de esta manera :

» JAVERT,

» Inspector de 1.ª clase.

» En el puesto de la plaza del Châtelet.

» 7 de Junio de 1832, á eso de la una de la mañana. »

Javert hizo secar la tinta fresca sobre el papel, le dobló como una carta, le cerró con oblea, le puso este sobrescrito : *Nota para la administracion*, le dejó sobre la mesa, y salió del cuerpo de guardia. La puerta vidriera con enrejado se cerró tras él.

Atravesó de nuevo diagonalmente la plaza del Châtelet,

cruzó otra vez el muelle, y se volvió con una precisión automática al mismo punto que había dejado un cuarto de hora ántes, se apoyó allí de codos, y se halló nuevamente en la misma actitud sobre la misma losa del parapeto. Diríase que no se había movido de aquel sitio.

La oscuridad era completa. Era el momento sepulcral que sigue á la hora de média noche. Una techumbre de nublados ocultaba las estrellas. El cielo no era más que una espesura siniestra. Las casas de la Cité no dejaban ya ver ni una sola luz; nadie pasaba; todo cuanto se divisaba, calles y muelles, estaba desierto; Nuestra Señora y las torres del Palacio de Justicia parecían lineamentos de la noche. Un farol enrojecia el brocal del muelle. Las sombras de los puentes se desfiguraban en la bruma, unas en pos de otras. Las lluvias habían acrecido las aguas del río.

Recordaremos que el sitio en donde Javert se hallaba apoyado de codos estaba precisamente situado encima de la corriente rápida del Sena, perpendicular sobre esa formidable espiral de remolinos que desanuda y se reanuda como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No se distinguía nada. Oíase un ruido de olas y espumas, pero no se veía el río. En ciertos instantes, un resplandor aparecía y serpeaba vagamente en aquella profundidad vertiginosa; pues el agua tiene la propiedad de tomar la luz, en la oscuridad más completa, no se sabe de dónde, y de darla la forma de culebrillas. Estos resplandores se desvanecían, y todo volvía á quedar indistinto. Parecía que la inmensidad se hallaba abierta á sus piés. Lo que tenía debajo, no era el agua, era el abismo. El muro del muelle, quebrado, confuso, mezclado con el vapor, desvanecidas sus formas, ofrecía el aspecto de una escarpa del infinito.

Nada se veía, pero se sentía la frialdad hostil del agua y el olor desabrido de las piedras mojadas. Un vaho siniestro ascendía de aquel abismo. El crecimiento del río, más bien adivinado que percibido, el trágico cuchicheo de las olas, la lúgubre enormidad de los arcos del puente, la caída imaginable en aquel vacío pavoroso, toda esta sombra estaba llena de horror.

Javert permaneció durante algunos minutos inmóvil, mirando hácia aquella region de las tinieblas, y considerando lo invisible con una fijeza que se parecía mucho á la atención. El agua zurraba y zumbaba sin cesar. De repente se quitó el sombrero y le colocó sobre el brocal del muelle. Un momento despues, una figura alta y negra, que algun transeunte en retraso, viéndole de léjos, habría podido tomar por una fantasma, apareció de pié sobre el parapeto, se inclinó hácia el Sena, en seguida se enderezó otra vez, y cayó desplomada en las tinieblas; siguióse un sordo claqueo; y sólo la sombra guardó el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura desaparecida bajo el agua.